

PANEGÍRICOS
DE ALGUNOS SANTOS.

PANEGÍRICO DE SAN JOSÉ, PATRONO DE LA
CONGREGACIÓN DE LA MUERTE

(predicado en San Ignacio, Bogotá, 1899).

Preciosa muerte de San José.

Ecce video caelos apertos et Filium hominis
stantem a dexteris Dei.

He ahí que veo los cielos abiertos, y al
Hijo del hombre de pie á la diestra de Dios.

Act. 7, 55.

1. Tended la vista, fieles, por las cinco partes del mundo: aplicad atento oído y escuchad. ¿Qué veis, qué oís en este día? Millones de hombres prosternados ante la imagen veneranda del Padre putativo de Jesús, del humilde y gloriosísimo José: millones de súplicas, de cánticos, de voces de alabanza elevados á su trono, implorando á coros su poderoso patrocinio. Desde el Supremo Jerarca en el solio del Vaticano hasta el cuidado mendigo en su mísero albergue, todos cuantos se glorían de llamarse cristianos, tornan los ojos á *José*, todos le repiten á voces, como los egipcios al hijo de Jacob: *Salus nostra in manu tua est*¹: Mira, José, que en tus manos está nuestra salvación. Y vosotros, señores y señoras, ricos y pobres, grandes y pequeños, que en tan crecido número y con tan singular piedad formáis esta ilustre Congregación de la Buena Muerte

¹ Gen. 47, 25.

bajo el patrocinio de San José, canónicamente erigida en este templo, ¿no venís también en este fausto día á redoblar vuestras plegarias y á tributar homenajes al Santo de vuestra confianza y de vuestro cariño? Y ¡cuánta razón tenéis para obrar de ese modo, hoy que con tan extraña pompa celebráis, en unión de toda la religiosa sociedad bogotana, la solemne dedicación al culto de esa primorosa capilla, monumento erigido por vuestra generosa devoción al immaculado Esposo de María, Padre del Verbo Encarnado, y Patrón de la Iglesia universal!¹ ¡Qué ocasión la de este día para recavar de tan pródiga mano toda clase de mercedes!

2. Venís, pues, á regocijaros con la ponderación de las eximias grandezas del Patriarca, á colocar vuestros intereses bajo del cetro real de su patrocinio, á tributarle rendidas acciones de gracias por los beneficios de que ya le sois deudores, y, al propio tiempo, á implorar gracias nuevas en todo orden, temporal y espiritual; y antes que cualquier otra, es entendido que venís, á fuer de verdaderos cristianos, á solicitar del santo Patrono y Abogado de la buena muerte, ésta que ha de ser para vosotros el pasaporte de una feliz eternidad, la condición indispensable para lograr la entrada en la patria de la bienaventuranza. ¿No es verdad que esto venís á pedir á San José? Y ¿á quién mejor pudierais demandarlo que á aquel á quien, entre tantas venturas, cúpole la mayor de todas, cual fué el más dichoso tránsito que pudo tener mortal alguno? ¿No le veis allí moribundo, tal como le representa el valiente pincel de renombrado artista?² Yo veo abiertos los cielos sobre

¹ Celebrábase el estreno de la capilla dedicada á San José, en la iglesia de San Ignacio.

² Alude al cuadro del altar de la capilla.

la cabeza del Patriarca agonizante; y á diestra y siniestra del lecho, á Jesús y María, al Hijo y á la Esposa. ¿Cabe imaginar otra suerte más dichosa que la de este tránsito á la eternidad? Salta á la vista esta felicidad para que yo me detenga á ponderarla: contempladla vosotros y abismaos. Por lo que á mí toca, deseoso de hacer el panegírico del bienaventurado José, fijando vuestra atención en la felicidad de su muerte, querría presentárosla como la justa recompensa de sus excelsos méritos, como la coronación natural de una vida esmaltada de virtudes. Nada más fácil de concebir que esta consecuencia; porque, si la muerte es el eco de la vida, la de José no podía ser de otra manera que como nos la muestra la tradición y el arte cristiano. María debía estar allí acompañando á su esposo dignísimo: Jesús tenía que asistir á padre tan amoroso y perfecto; y los ángeles del cielo no podían faltar en aquellos momentos solemnes para transportar sobre sus alas el alma de aquel Justo incomparable. Ved ahí los tres puntos á que ceñiré mi discurso. Así veremos, para saludable edificación nuestra, cómo la muerte feliz por que anhelamos, ha de ser, por ley ordinaria de la dispensación divina, la recompensa anticipada del cumplimiento de nuestros sagrados deberes. La muerte de San José fué la que correspondía al varón justo, al esposo de María, al que mereció ser llamado padre de Jesús. Imploramos, etc. *Ave María*.

I.

3. Esposa tal como María no podía faltar en la muerte de José. Y ¿acaso no era bastante su presencia al lado del esposo para hacer felicísimo este tránsito? Miradla allí constantemente, que no acierta á des-

prenderse un momento del lecho en que descansa el Patriarca, extenuado ya por aguda dolencia ó, tal vez, por larga y penosa enfermedad¹. ¿En qué ocasión mejor que en este lance había de probar la santísima Esposa, que era una joya más preciosa que los tesoros del oriente², que bien podía gloriarse en ella el corazón de su marido como el vencedor en los ricos despojos que arrebató al enemigo, y que, hallándose José á las puertas de la eternidad, próximo á sentarse en el senado de los santos Padres, María era toda su nobleza y su felicidad?³ Grande, inmenso es el dolor que abrumba el corazón de la Esposa, viendo aproximarse el momento fatal de la separación: su angustia es pre-nuncio de aquella otra que la oprimirá más adelante en la cima del Calvario. Dominando empero tan terribles emociones y disimulando sus lágrimas, ¡con qué ternura, con qué delicadeza no se consagra al cuidado del venturoso José! ¡qué palabras tan regaladas no le sugiere al oído! ¡qué servicios no le presta! ¡Cómo le enjuga el frío sudor que le corre por la frente! ¡cómo le reclina en muelle almohada la venerable cabeza! ¡cómo le calienta las heladas manos! ¡cómo le alienta y acaricia! Era su esposa dulce, pura y santa, la mejor que hubo en el mundo, la que no tendrá jamás rival: *Nec primam similem visa est, nec habere sequentem*⁴. Excuso el detenerme á defender la verdad de este matrimonio excepcional, contraído por José y María, vírgenes de profesión y, eso no obstante, verdaderos consortes, dando por sentado en buena doctrina que no la unión de los cuerpos, como escribe San Agustín, sino

¹ Ex revelat. V. Mariæ de Agreda.

² Prov. 31, 10.

³ Ibid. 31, 23.

⁴ Eccl. in offic.

la de los ánimos es la que hace el vínculo matrimonial¹. En puridad de verdad dijo el ángel á José: No temas retener á María tu esposa: *Mariam coniugem tuam*; porque lo era en efecto, continúa diciendo el citado Doctor, por la fe jurada en el solemne desposorio, por más que hubiesen de vivir en perpetua y perfectísima continencia: *Ubi nec fuerat, nec futura erat ulla carnis commixtio*. Pues, si la virginidad no impidió que María fuese madre por virtud del Altísimo, ¿cómo estorbaría que fuese verdadera esposa? Siéndolo, pues, en todo el rigor de la palabra, habiendo recibido á José por esposo de manos del mismo Dios, ¿cuál no sería su solicitud junto al lecho del moribundo, siendo tan puro como ardiente el afecto que le profesaba? «Habiendo existido, dice San Bernardino de Sena, verdaderísimo matrimonio entre José y María, contraído por divina inspiración, y, siendo propia del matrimonio aquella unión de corazones tan íntima que hace de dos una sola persona, constituyendo así la unidad más perfecta; tengo por cierto que la Virgen amaba sincerísimamente y con todo el afecto de su corazón á San José.»²

4. Bien se lo merecía el esposo dignísimo. ¿Cuál otro igualó á José en la santidad de su estado, en la alteza de las virtudes conyugales? ¿qué varón en el mundo, fuera de Jesús, más digno del afecto de la Virgen-Madre? Escuchad al devoto San Bernardino deduciendo lógicamente de la estrecha unión conyugal la más acabada semejanza de carácter y virtudes entre

¹ Neque enim quia concubitu non permixtus, ideo non maritus (S. August.).

² S. Bern. Sen., Serm. 1 de S. Jos., apud Breviar.

María y José. «¿Cómo podía, dice, unir el Espíritu Santo al alma de tan excelsa Virgen otra alma que no le fuese del todo semejante en el ejercicio de las virtudes? Por donde concluyo que este varón santísimo debió de ser purísimo en la virginidad, en la humildad profundísimo, ardentísimo en el amor de Dios, altísimo en la contemplación.»¹ Ahora bien, católicos oyentes, un hombre adornado con tan eminentes virtudes, que tan semejante le hacían á la más santa de las mujeres, con quien estaba unido en matrimonio, ¿no era en realidad de verdad el ideal de los esposos, dignísimo de asociar su suerte á la de la misma incomparable Virgen? Y, para que no os parezca temeraria esta aserción, atended por un momento á las siguientes reflexiones sacadas de los Padres y Doctores de la Iglesia.

5. Cuando escribe el evangelista San Mateo aquellas notables palabras: *Estando María, la Madre de Jesús, desposada con José*², parece darnos á entender, aunque indirectamente, la excelencia de este hombre extraordinario enlazado con la mujer que el Eterno escogió para madre de su Unigénito. Pues ¿qué cosa habría sido más ajena de la sabiduría infinita que escoger para esposo de tal madre á un hombre que no fuese digno de ella, dado que podía serlo? Y, para no emplear á este respecto comparaciones que desdigan de la Majestad divina, comparemos á Dios consigo mismo en dos casos que tienen manifiesta semejanza: á saber, la elección de José para esposo de María, y la creación de Eva para desposarla con Adán³. Cuando decretó el Señor que el hombre no estuviese solo, acordó darle

¹ *S. Bern. Sen. 1. c.* ² *Matth. 1, 18.*

³ *Cartagena, Hom. cathol. de cultu D. Ioseph.*

una compañera que le ayudase á llevar la carga de la vida; quiso empero que esta criatura fuese del todo semejante al primer hombre. *Faciamus ei adiutorium simile sibi*¹. Y ¿nos persuadiremos de que, al darle compañero á su madre temporal, no lo buscaría ó no lo haría semejante á ella? ¡Oh! no es posible imaginarlo. ¿Cuándo mejor que en las bodas de María, Hija predilecta del Padre, hubo de cumplirse el aviso del Eclesiástico: *Entrega tu hija á un varón sensato, y harás una grande obra*². De donde con razón infieren los expositores que, así como María fué la más grande y aventajada entre todas las mujeres, así José, su esposo, fué el más prudente y santo de todos los varones; pues no se concibe de otra suerte cómo existiese aquella proporción debida entre las dos partes, siendo aquél un matrimonio modelo, como dispuesto y arreglado por el mismo Dios para los altos fines de su gloria. Así han discurrido varones tan graves, ingeniosos y santos, como el célebre Canciller de París, Juan Gerson, uno de los más beneméritos del culto del Patriarca. Ved aquí sus palabras: «Convino que María se hallase adornada de tan gran pureza, como dice San Anselmo, que no pueda concebirse otra mayor fuera de Dios; así también fué conveniente que José poseyese tan eximias dotes cuales pedía la semejanza y proporción de tal esposo á aquella esposa, *de la cual nació Jesús que se llama Cristo*³; y, según puede colegirse del Evangelio, el felicísimo José fué el más puro de los hombres, el más semejante, entre todos, á la gloriosa Virgen.»⁴ Añadamos, por ser de tanta autoridad, la sentencia de

¹ *Gen. 2, 18.* ² *Eccli. 7, 27.* ³ *Matth. 1, 16.*

⁴ *Serm. de Nativ. Mar., apud Cartagena.*

San Juan Damasceno: «Grande fué la dignidad concedida á José por don singular de Dios, porque ser esposo de la Virgen es una gracia que excede á cuanto puede decirse.»¹ Y lo que afirma de la dignidad este santo Doctor, ¿no nos autoriza por ventura para asegurar que no fué menor el mérito que la dignidad; ni las virtudes, inferiores á la prerrogativa concedida?

6. Pero, si tal y tan perfecta debía ser la virtud del varón destinado á unir su suerte con la de María, Madre del Altísimo; calculad, si podéis, hasta dónde llegaría la santidad de aquella alma, después que, en la santa intimidad de la vida conyugal, había transcurrido su larga existencia, esto es, en los postreros momentos de aquella vida toda llena de virtudes. El trato de tantos años con la más santa de todas las criaturas ¡cuánto no debió de aquilatar la pureza de corazón del bendito San José! y, por otra parte, las obligaciones del matrimonio, desempeñados á maravilla por el mejor de los esposos, ¡qué de ocasiones no le proporcionaron para ejercitar los más heroicos actos de virtud! El solo pensamiento, el recuerdo de la Virgen sacratísima se concibe que sea bastante para apartar al hombre de toda culpa y estimularle á la virtud; ¿qué sería, pues, la presencia corporal de aquella Señora, espejo purísimo de toda santidad? ¿qué sería la continuidad de esa misma presencia, el trato familiar, la vida común? ¿No debía ser ésta una fuente inagotable de gracias para su santo esposo? ¿Adónde, pues, llegaría, al cabo de tantos años, la santidad del Patriarca? Su nombre ya bien claro lo indica, y bien sabéis, carísimos oyentes, cuánto sea el valor de los nombres

¹ Orat. 3 de Nativ. Mar., l. c.

puestos por Dios, como debió de ser el de José¹. Oíd á San Bernardo: «Quién haya sido el bienaventurado José, y cuánto su mérito, conjetúralo de su mismo nombre propio, el cual no ignoras que significa *aumento*.»² No sólo fué siempre en aumento su felicidad y grandeza, tal que excede á la de todos los antiguos patriarcas y profetas³, sino que fué á cada instante aumentando su virtud, y crece día por día su gloria en el cielo y en la tierra. Y ¿cómo pudiera ser olvidado en la santa Iglesia aquel que tanto honró, amó y reverenció á María, cuyo culto cada vez más floreciente en el cristianismo, no ha podido menos de excitar y fomentar el de su bendito esposo?

7. Resumiendo en una sola todas las virtudes que hicieron de José el esposo modelo, el esposo digno de la Madre de Jesús, *virum Mariæ*⁴, digamos que José amó á María con todo el amor de que ella sola era digna, y él solo capaz. Y si, conforme al precepto del Apóstol: *Viri, diligite uxores vestras*⁵, el amor conyugal encierra toda la perfección de este estado; ¿qué podría faltar á la de aquel que amó á su esposa con amor perfectísimo, á la medida de la voluntad del Criador? ¿Quién fuera capaz de penetrar en el fondo del corazón de José para ver allí los sentimientos de ternura, abnegación, ardentísimo celo y admiración profunda que abrigaba para con su santa é inmaculada esposa? Sobre todo ¿quién dirá la unión de aquellos dos corazones, la concordia de aquellas dos almas,

¹ Vide *Cartagena* l. c.

² Hom. 2 super *Missus est*, apud Breviar.

³ Cardin. Toletan., apud *Cartagena*.

⁴ Matth. 1, 16.

⁵ Eph. 5, 25.